

TRIBUNA | i

Y repintar sus blasones...

La razón por la que los monumentos están siendo ahora agredidos o destruidos es la inadecuación actual de su ejemplaridad moral. Lo cual es inobjetable, pero significa no tener en cuenta la historia



NICOLÁS AZNÁREZ JUNCO

20 - 00:30 CEST



NICOLÁS AZNÁREZ

Para qué sirven las estatuas, los monumentos, las lápidas? ¿Por qué dedican las sociedades, o más bien sus gobernantes, tanto dinero a erigirlos, tanto tiempo y saliva a inaugurarlos y a celebrar actos públicos ante ellos?

La respuesta no es difícil, en principio: porque los hechos o personajes a los que se refieren esas piedras o bronce encarnan valores que creemos vertebran o cimentan nuestra comunidad. El primer y fundamental error, por tanto, es considerar a esos monumentos testimonios o vestigios del pasado. En ese caso, el historiador tendría algo o mucho que decir sobre ellos. Pero no es así, porque, más que con el pasado, se relacionan con el presente y la orientación que deseamos dar al futuro.

De ahí que no importe, para empezar, que la presentación de esos hechos o personajes supuestamente históricos refleje fielmente lo acontecido. Puede que lo deforme, e incluso que sea pura invención que se refiera a algo que nunca ocurrió. Supongamos, por ejemplo, que honramos como padre fundador a un héroe, don Pelayo, que a comienzos del siglo VIII encabezó la rebelión contra una invasión de un pueblo de raza y religión diferentes. El historiador puede hacerle observar al gobernante, que lleva preparado un discurso sobre esa gesta, que en la documentación procedente de ese siglo no existe la menor referencia a ella, y que tampoco la hay en los primeros ochenta años del siguiente. Solo 170 años después, asentado ya un monarca poderoso en Oviedo, se le ocurrió encargar a sus letrados una historia de su

dinastía. Y estos remontaron su estirpe a un antecesor que habría logrado una milagrosa victoria contra un ejército invasor cien o mil veces superior. Como solo conocían las crónicas greco-romanas y los textos bíblicos, copiaron el relato de una batalla griega contra los persas ante el templo de Apolo en Delfos, que terminó en temblores de tierra, desprendimiento de rocas, terror y confusión entre los atacantes; en cuanto al número de víctimas, reprodujeron el de una batalla judía contra los madianitas.

El político, sin respuesta ante los datos del historiador, acabará decidiéndose en el bolsillo, porque esa “memoria” es útil para reforzar la identidad y los valores monárquicos, que le convienen.

Pero la razón por la que los monumentos están siendo ahora agredidos es la pérdida actual de su ejemplaridad moral, de los valores encarnados en los hechos y las hazañas, o a esos padres fundadores de nuestra comunidad, es su vez, de nuevo, no tener en cuenta la historia. Porque la historia es lenta, con principios que creemos eternos. La condena que se lanza sobre el monumento producido por los hechos, a lo innovador y audaz, o egoísta y cobarde, de

Aristóteles, mente pensante y organizada como ninguna en siglos o milenios. ¿El hombre era superior a la mujer, el libre superior al esclavo y el griego superior a los demás? ¿Borrar a Aristóteles de nuestros libros de filosofía? ¿No sería mejor excluir a la democracia ateniense, ¿deberá ir también al cubo de la basura porque en sus asambleas populares no se admitían mujeres, extranjeros ni esclavos? ¿No sería mejor valorar aquel primer ensayo de deliberación y toma de decisiones colectivas, comparándolo por ejemplo con el despotismo persa de la época?

La historia no debe ser venerada, sino explicada. Lo mejor que se puede hacer con hechos y personajes históricos, en lugar de pontificar o de presentarlos como modelos morales, es entenderlos en su contexto y momento. Y, cuando nos peleemos, conviene saber que lo hacemos sobre el presente y el futuro, no sobre el pasado. Porque nadie creará que la polémica actual sobre el racismo o machismo de los monumentos tiene que ver con un repentino interés por lo que ocurrió hace tiempo y una genuina indignación por lo mal que se nos ha contado. No, lo que indigna a la gente no es el pasado. Es el presente.

El error es doble. Los conservadores, que como el don Guido de Machado han logrado un lugar confortable en el orden social y lo que no quieren es que este se altere, presentan el pasado como sagrado e intocable. Los izquierdistas, que denuncian como injusta la organización social, económica o política, empiezan por pedir cambios formales, simbólicos. Y a veces se quedan en ellos. Porque derribar estatuas o cambiar el color de la bandera es mucho más fácil que transformar de verdad las estructuras sociales. Y no solo fácil. Limitarse a ello es, como blanquear tumbas, hipócrita.

No debemos borrar el pasado, sino explicarlo bien. Un ejemplo español reciente es el Valle de los Caídos. Ha sido exhumado el dictador, algo

muy justificado, pues una cosa es respetar un resto del pasado y otra enaltecerlo como hecho o personaje ejemplar y cuidarlo con fondos públicos. Pero ahora hay quien quiere ir más allá y demoler el monumento, creyendo que así liquida el último resto del franquismo. Mejor sería enseñarlo, explicar lo que significó, los principios que inspiraron aquella dictadura, poner fotos y testimonios de quienes trabajaron allí. Eso permitiría entenderlo bien y dejar advertida a la ciudadanía sobre futuras opresiones.

Pronto nos enfrentaremos con algo mucho más difícil, un problema común a otros países europeos que en su día fueron potencias imperiales: qué hacer con Colón, Cortés, Pizarro o Junípero Serra. Algunos de estos personajes se limitaron a explorar o a predicar. Pero abrieron el camino a los otros, los que invadieron de manera violenta, injustificable hoy, para extender los dominios de sus monarcas. Lo ideal sería intentar entender lo que ocurrió, juzgarlo según los valores de su época, sobre la creencia en la superioridad racial o religiosa o el desprecio hacia el mundo que llamaban salvaje; es decir, reflexionar a fondo sobre los imperios europeos, un lado oscuro de nuestra historia, aunque también complejo (y sucesor, no lo olvidemos, de imperios anteriores, algunas veces peores).

Pero en España el debate sobre el imperio se mezcla con el de los valores que han vertebrado la nación moderna. Y me temo que sobre ese relato imperial se lanzarán juicios monolíticos, embellecedores o denigrantes, según posiciones previas sobre la unidad nacional. La historia, como tantas veces, será un pretexto para disfrazar polémicas sobre problemas actuales.

José Álvarez Junco es historiador.

Se adhiere a los criterios de



The Trust Project

[Más información >](#)



ARCHIVADO EN:

[Opinión](#) [Banderas Nacionales](#) [Cristóbal Colón](#) [Historia](#) [Racismo](#) [Esclavitud](#) [Colonialismo](#)

CONTENIDO PATROCINADO

¿Sabes cuáles son los primeros síntomas del Alzheimer? Descúbrelos

1 truco para Mac que debes saber

Calcule cuánto podría ganar invirtiendo € 250 en criptomonedas

FUNDACIÓN PASQUAL MARAGALL

MACKEEPER

BGLOBALNEW.COM

Y ADEMÁS...

Candidato claro a mejor gol del año: el 0-1 del Oporto es de los que...

AS.COM

El vídeo de acción del día: le graban surfеando entre tiburones sin...

AS.COM

Halo Infinite confirma novedades para verano; tienen “planes en...

MERISTATION

recomendado por

NEWSLETTER
Recibe el boletín de Opinión



TE PUEDE INTERESAR

24 horas con la candidata (IV): Monasterio, una cubana contra el Che Guevara

Alessandro Lecquio, el hombre que lleva 30 años caminando sobre el alambre

Marbella, sede global del crimen organizado

Así cierran las encuestas en Madrid: las opciones de ganar de derecha e izquierda

LO MÁS VISTO EN...

Top 50

EL PAÍS

Opinión

Reforma tributaria en Colombia: no hay segunda oportunidad

La paradoja de Teseo

Al rescate de la India

Paliar la desigualdad educativa en España

El Roto

¡Que les den!: el voto gamberro que impulsa a Vox

La recuperación que no es

AMLO, el demócrata camuflado

Maneras de la inmortalidad

Bajo la mirada de Roosevelt

